

AMOR PLATÓNICO

HUGO GARCÍA

Éste es un compás que mide la belleza justa para que no rebose y quiebre y le deshaga el humilde corazón al hombre.

Eliseo Diego



Como en sueños llegué al patio donde estaban los niños jugando, o eso me pareció. No supe si estaban tirándole piedras a una lagartija o a un perro o a un amiguito; un zumbido y algo así como un martilleo en las sienes no me dejaban distinguir nada, ni las carcajadas de los ladridos ni los chillidos de la palpitación de las venas en el cuello, en las sienes, en la palma de las manos; una luz brillante que venía de algún lado impreciso, quizá detrás de mis ojos, me impedía identificar los gestos de los niños, sus facciones, sus ademanes... Agarré a uno o a los dos, no sé...

Estoy frente a la puerta, de nuevo la puerta de mi casa, de nuestra casa. La mano extendida, las llaves en la mano; pero en la puerta no hay picaporte, no hay ni puerta; también las paredes desaparecieron... No, no desaparecieron, simplemente no retienen nada, nada contiene nuestra casa y yo estoy en el centro del remolino que se va formando con todas las cosas que han perdido su sitio porque ya no hay ningún sitio. A los cuadros se les acabó la referencia de las paredes y empiezan a perseguirse: todos siguen a tu litografía favorita, ésa donde Saturno devora a sus hijos. A los muebles se les acabó la referencia del piso, de arriba y de abajo, y empiezan a dar vueltas sobre sí mismos buscando el estado perfecto, la comodidad absoluta del caos. Ya no hay nada. En una esquina del mundo tres platos de la vajilla de navidad atacan a la ensaladera, que se defiende con una servilleta y una sonrisa. Sobre mí pende la silla de Damocles mientras las ventanas ensayan la horizontalidad y convencen a la estufa de que se ligue a la lavadora.

Camino para buscarte, busco nuestro cuarto y me salen al paso siete rollos de papel higiénico que huyen de la mierda del retrete que salió bailarín de tango. No encuentro nada, yo también perdí las referencias y estoy dando vueltas porque vuelvo al mismo punto aunque no me mueva, el mismo punto se mueve y no logro estar quieto. Me enredo en las sábanas de los niños que pasan jugando a las alfombras mágicas, me resbalo en los discos y caigo en un montón de libros muertos en la guerra, víctimas de la mediocridad de sus autores, los unos, y de la mediocridad de sus lectores, los otros. Caí en el mismo lugar, ya estoy en todos lados, ¿qué hace el refrigerador en el patio?, ¿qué hace el retrete en la sala?, ¿qué hace la licuadora en la cocina? ¿Qué hago yo sentado en esta silla frente a esta cama? ¿Qué haces tú ahí acostada? ¿Por qué no dices nada? ¿Por qué no nombras las cosas para que todo vuelva a su lugar?

II

Te acuerdas de una época en la que tú y yo nos poníamos nombres, jugábamos a que no nos llamábamos de ningún modo y éramos los únicos, y nos bautizábamos según el humor con que amanecíamos. Tú me enseñaste ese juego pero a los pocos días demostré ser mucho más hábil. Tú me decías a mí de un modo, y yo empecé a renombrar tu cuerpo, así le puse nombre a tus dedos, a tu ombligo, a todos tus rincones y plie-

gues y apéndices. Y tú también jugabas a decirte del modo en que a mí se me ocurría que debías llamarte y que debían llamarse todas tus partes y todas mis partes y yo mismo, y nos reíamos y reíamos hasta quedarnos dormidos de nuevo para empezar descansados al día siguiente.

El juego se complicó porque tú eras insaciable y yo tenía que complacerte, y se me subió el poder a la cabeza y a las manos y a los ojos. Fue así como empecé eso de los gobiernos autonómicos de tu espalda, y de tus piernas; hasta que un día dejé de tener control sobre los cambios sucesivos.

El primer síntoma de la descomposición fue que todas tus partes empezaron a exigir ser llamadas por sus nombres cristianos. Entonces llegó al poder en tu espalda un gobierno que se declaró independiente y exigió que se le hablara en espaldés. Yo tuve que aprender luego pierní para traducirle a tus piernas, que para entonces ya también eran una república, lo que tu espalda les quería decir en espaldés, o lo que tu mano derecha, que optó por la democracia representativa, decía en manés oriental a tu mano izquierda, que optó por la monarquía parlamentaria y sólo entendía el manés occidental. Me volví experto en lenguas; pero nunca me entendí bien con la tuya porque el lengüés tenía diez y seis declinaciones, siete géneros y otras tantas minucias que le daba por inventar a su primera ministra. El más fácil era el idioma de la monarquía absoluta de tu vagina, el vaginí, que sólo conocía el presente y cantaba en versos heroicos, y todas las palabras terminaban en vocales abiertas y empezaban con vocales cerradas.

Te has de acordar del caos que aquello se volvió. Tu piel empezó lentamente la conquista, primero se alió con tu páncreas y tu apéndice y otros órganos internos que de otro modo no tendrían voz (me acuerdo incluso que le coquetearon a mi próstata, pero ella me fue fiel. Quién sabe qué hubiera pasado si resulta el complot). El discurso de tu piel era simple, y en pielés, por supuesto, decía que sin ella ninguna de las otras partes externas sería nada y que las partes internas sin ella se desbordarían y se perderían en el espacio infinito de nuestro cuarto, que Dios la había creado para gobernar por sobre todo lo demás porque ella era la conjunción perfecta de contenido y continente de que hablaba Gorostiza. A pesar de lo agresivo del discurso, o por eso mismo, en pocos días conquistó de buena gana o por la fuerza la voluntad de toda tú, se convir-

tió en ti; declaró su capital en tu ombligo y el fin de su imperio en tu culo, alfa y omega de tu humanidad. Además impuso el pielés como único idioma oficial e impulsó una política de nuevas negociaciones con el exterior, y como se le ocurrió que yo era indigno de hablar directamente con ella, nombró como su embajadora ante mí a tu boca, que se tuvo que olvidar de su socialismo utópico y del boqués, claro. Estableció una agencia de espionaje bajo el mando de las orejas y de los ojos, que olvidaron sus lenguajes de metáforas y lunas; la nariz y las papilas gustativas se le unieron después.

Así, como ella era la gobernante (gobernanta, diría un amigo), se dio el lujo de delegar las decisiones al cerebro y fue asignándole funciones a todas tus partes; volvió el orden y ella descansó y se dedicó a acumular grasa de todo tipo, grasa que se volvió la moneda corriente de tu cuerpo. Yo nada más vi, mi dipsomanía evitó que objetara nada.

¿No te acuerdas? Respóndeme. Grité, grité lo más fuerte que pude y nada. No respondiste, no te acordaste.

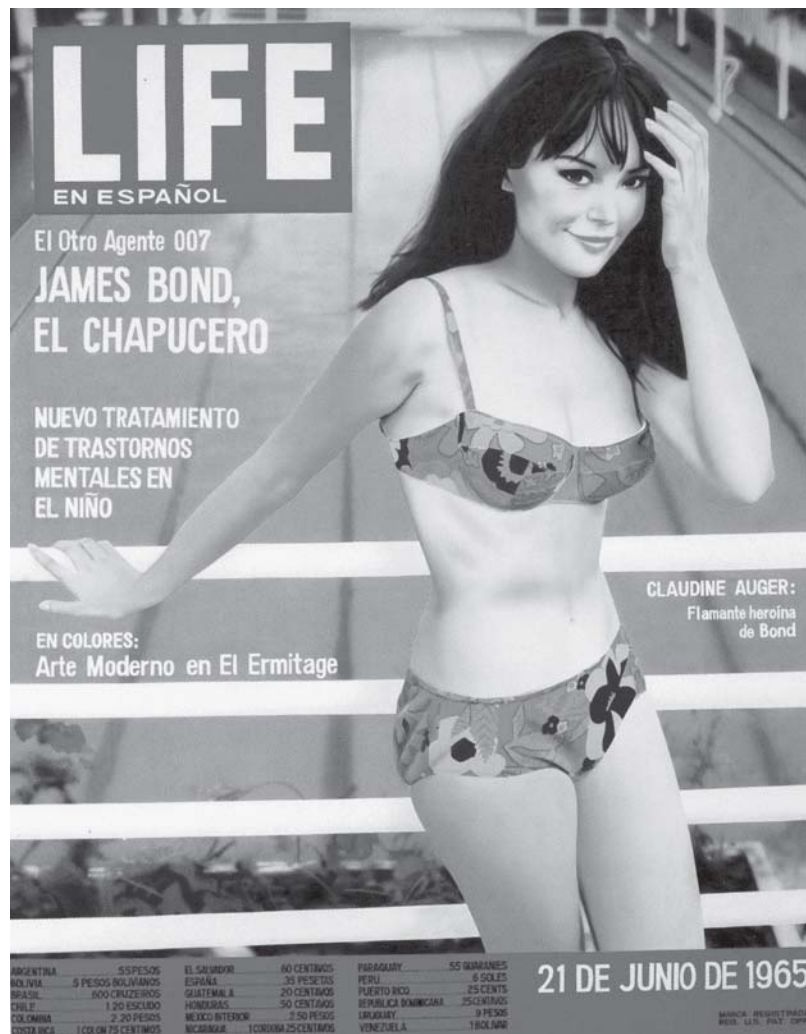
III

Sentado aquí, sentado así como estoy, con los tobillos cruzados bajo el asiento, no veo nada. Agarrado a los brazos de la silla, no veo nada. Estiro las piernas y sigo sin ver nada. Ya no queda nada, sólo estamos tú y yo, esta silla y esa cama que nunca fue cómoda. La compramos porque te convenció esa muchacha con sus malas artes. La compramos porque el casado cama quiere, me dijiste. En esa época se te ocurría cada bromita...

IV

—No señor, le digo que no me acuerdo. Si usted dice que fueron tres días, yo le creo, no tengo por qué dudar; bueno, sí, su cara no me da confianza y ya va siendo hora que me deje en paz... Está bien, no tiene que gritarme y, por favor, ya deje de golpearme, si me sigue pegando en la cabeza menos me voy a acordar. Las fotos no me dicen nada, pudiera ser un montaje o pudiera ser verdad. Cómo me voy a arrepentir de algo que no hice, si no me acuerdo ha de ser porque no pasó y todo eso que me cuenta ha de ser un invento de su cabeza; aunque por su forma y esa mirada tan de usted, se me ocurre que para inventar algo hay que tener ideas y tal vez la idea no sea de usted, que usted tal vez

no tiene ninguna idea propia ni nunca ha tenido... No, le juro que no lo estoy insultando. Déjeme explicarle, más bien creo que usted es de esas personas que por ahorrar, se ahorran hasta las ideas... Me pega otra vez y yo que me quejo con su superior... Me pegan otra vez usted y su superior y yo mejor me quedo calladito y no le voy con el chisme a derechos humanos... Está bien, ya no me peguen, no le voy a decir a nadie ni voy a insinuar nada, ni le voy a faltar el respeto a nadie; pero por favor deje de decir dijistes e hicistes... No, no me refiero a las acusaciones, sino a que debía decir dijiste e hiciste... Está bien, ni una más. Que quiere que le cuente toda la historia, que desde el principio, ¿con el verbo?... No, no, fue un chiste, de esos que ya no quiere que haga. Me refería a que en el principio fue el verbo y el verbo... ¿No? Bueno, no importa. Tiene que decirme qué historia quiere que le cuente, o mejor aún, usted me pregunta y yo le respondo. Si me deja así suelto, pues ni empiezo ni termino... Ya le dije que no sé, no me acuerdo, menos me voy a acordar por qué hice algo que no sé si hice... ¿De lo último que me acuerdo? Bueno, estaba con unos amigos... ¿Nombres? Julián, Raúl, Pedro, Marisa y otra muchacha... Me la presentaron pero no me acuerdo de su nombre, es amiga de Raúl, al menos llegó con él, y uno no hace más preguntas de las necesarias, con perdón de usted... Sí, sí, a Julián y a Marisa los conozco de la universidad, estudiamos juntos, Pedro es un amigo de Marisa y a Raúl lo conocí por Julián, se asociaron y pusieron una fábrica de dulces; qué quiere, de algo hay que vivir. Le decía que nos vimos para comer... A ver, era martes, fue el martes... Ya sé que son más de tres días. Sí, sé contar, es de lo que me acuerdo... La comida, sí, la comida, ya ve, se alargó, que un digestivo, que otro tequilita, que una cerveza para el tequilita y así... Que qué tiene que ver eso, pues no sé, usted me preguntó... De nada en especial, es decir de todo un poco, del fútbol, del trabajo, de los niños; la verdad es que nos vemos muy poco y acabamos platicando de casi todo y de nada. De las vacaciones, sí, ya ve que el que tiene hambre en pan piensa, y de las vacaciones por venir pasamos a las pasadas. Marisa nos contaba de un viaje que hizo a París, no me acuerdo bien si de vacaciones o de trabajo; pero no importa, un viaje a París aunque sea trabajo es paseo, ¿no? Nos platicaba de un parque, de una callecita, de una fuente que le gustó mucho, de un mesero que le trajo lo que ella no había pedido y que cuando le reclamó hizo como si no entendiera su francés y la insultó



quedito y en español... Sí, en todos lados se cuecen habas. Luego nos decía de la corredera que se traen todos en el metro, que todos van corriendo como si quisieran ganarle al tren, sin fijarse en nada ni en nadie, muy en su rollo cada quien... No, más bien creo que ellos no andaban turisteando, como Marisa; pero seguro usted conoce mejor a la gente que yo. Nos dijo que se topó a una chica llorando en el metro de París.

▼
Me acerqué a ti, pero ni me viste; te toqué, pero ni me sentiste. Cómo decirte todo lo que necesito decirte si ni me escuchas; cómo evitar este cuchillo que tan bien le sienta a mi mano; cómo evitar que el mundo se haga tan chico como para acercar este cuchillo que traigo en la mano a ese pecho de tanta gravidez, como tú. Tú, tan el centro del mundo. Todo se dirige hacia ti.

Cómo confesar en tercera persona lo que pasó: Llegó a su casa. Él la estaba esperando y la mató de siete puñaladas. Fue un acto de locura, fueron los celos, los

malditos celos. No preparó nada, tuvo que actuar en el instante. Cuando llegaron los niños se los llevó a casa de su suegra, qué ironía. Volvió a su casa y pasó tres días con el cadáver. La policía finalmente lo descubrió y antes que lo detuvieran se suicidó, ¿o no?

Eso no aguanta ni para dos días de nota roja. Tuve que apuñalar tu corazón. No tuve más remedio, no tuve remedio. No, no tengo el remedio. Cuando llegue la policía, si llega, si alguna vez llega, no sé qué les voy a decir; cómo voy a explicarles tu belleza. Ellos, los muy brutos, van a ver un cadáver y yo les voy a tener que explicar. Les voy a tener que enseñar a verte, les voy a enseñar a buscar las pistas de tu hermosura, les voy a descubrir los secretos de tu cuerpo, les voy a enseñar a orientarse con tus lunares.

Que quieren llegar a tu ombligo: Muy bien. Necesitan una cantimplora con suficientes recuerdos de la infancia, cuatro cigarros (tu abdomen es área de sí fumar), ropa cómoda, imaginación y este mapa. Que por qué cuatro cigarros, porque da lo mismo cuatro que

ciento veinte, porque no importa; que por qué el mapa está en blanco, porque es igual, porque no hay un camino ni indicaciones para llegar a tu ombligo, porque tu ombligo lo es todo, porque ya estamos en tu ombligo y nadie lo sabe, porque aunque supieran cómo llegar, no podrían hacerlo. Porque la imaginación es necesaria para darse cuenta de eso, porque sin imaginación uno puede seguir pensando que el mundo está afuera de tu ombligo, porque sin imaginación tu ombligo es sólo un ombligo. Tu ombligo es todo, el lugar de nacimiento de todas las cosas, la prueba de que somos hijos de hombre y mujer. La prueba de que todos estamos aquí por la misma razón. Para vivir el mundo como tú lo vives, como tú, volvemos tú, todos tú.

VI

Me acerco a tus ojos y me acuerdo cómo me ves, cómo tus ojos se acercan a mi mano y se pierden en cada uno de mis vellos, se pierden en mis cicatrices que se vuelven azules, que se vuelven grises conforme esos ojos las miran y como esos ojos se borran y se pierden y nos vamos hundiendo los dos en lo mismo, en ese hueco de los ojos, en ese hueco de la cabeza que acaba significando nada. Miramos hacia adentro y no hay nada. Todo es eso, principios, puros principios: el color se termina en el color, el blanco se termina en el blanco y nada más. Te preguntará dónde has estado e, ingenua, me lo preguntará a mí, y yo te voy a decir que has estado aquí, que llevas veinte años y dos abrazos aquí, que hemos visto dos eclipses, que has pasado días enteros viendo mi pelo crecer. Tú, coqueta, tocarás mi codo con tu codo, tocarás mis venas con tu mirada y tu sonrisa mirará justo donde mis ojos no alcanzan a ver y donde nadie alcanza sino tu sonrisa... Se ve, decías, y me decías mira, mira como todo se ve a través de mis ojos. Y yo no me atreví a mirar con tus ojos porque vería todo tan bello, porque me vería a mí y todos mis defectos. Yo te tengo miedo, yo me tengo miedo, tengo miedo que me muestres a mí mismo.

Me acerco a tus manos. Con mis dedos recorro una cicatriz y toco dos lunares. Casualidad, nada. Cuando tu dedo se apoya contra mi cara y se enfrenta a la suavidad de la piel, la vence; cuando se enfrenta a la dureza de los huesos, la vence. Tras la piel y el hueso no hay nada. Primero la boca, sí, es la boca y ahí no hay nada, no hay dientes, no hay lengua, nada, ni yo mismo porque nada queda después del tacto. La agresión del tacto se convierte en juego que inventa recorridos por mi

cuerpo y lo va deshaciendo: un poco aquí, luego allá, probando resistencias, probando consistencias y tiempos; pero nada resiste al tacto, que todo lo destruye. Las manos, esas manos no crean: mi voluntad de transformarme y de ser creado es vencida por la voluntad del dedo. La voluntad de la piel sólo es vencida por otra piel.

Me acerco a tu nariz. El olor oculta todas las intenciones, decir que no hay olor como el de tu cuello es una amenaza. Cuando acercas tu mano a mi cara descubro que el olor de tus palmas es tu verdadero olor, el que no huele a nada. Porque tu cuello huele demasiado a todo, porque tu olor ordena el mundo y pone a cada cosa en su lugar, porque me acerco a tu cuello y huele al mundo, huele a hacer cosas, huele a levantar una taza, a usar tijeras, huele a dar un paso. Pero tú te acercas, acercarse es oler... pero tú te acercas y no me hueles, junto a ti yo no huelo a nada, no es posible estar junto a ti y no oler a ti. Deja que tu olor cubra las cosas de este mundo, del que abusas, como abusas de mí cuando no puedo evitar que me invadas y que tu olor me levante de este suelo que huele a ti y que me arrulle en las noches de tu olor y me despierte al alba sólo para presumirme que el sol también huele a ti. Tu olor me cubre de la lluvia y me protege de mí mismo.

Me acerco a tu boca y sabes a la tierra... Pero no sabes a qué sabes. Sabes a todas las sonrisas, sabes a lo que sabe la luna llena. Sabes como a martes. Tu sabor cambió tantas veces que si ahora pruebo tu codo seguro sabe como sabía ayer tu espalda, como tus nalgas en octubre, como atrás de tus orejas en verano. Tu sabor se acumula en todas partes. Con mi lengua he recorrido todo el mundo, así sé que estuviste en una playa, que le diste sabor a las palmeras, que toda la arena se desprendió de tu cuerpo, que con tus lágrimas llenaste todos los cocos; así sé que siempre estuviste en mi pueblo, porque sabes a todas las frutas tropicales, porque la masa recién hecha sabe como tus manos y toda mi infancia sabe a tu tobillo... Las ciudades saben al agua con que te bañas, las montañas saben como tu ombligo, los bosques como tu cuello. El desierto, el desierto sabe al espacio entre tus senos, a tus axilas, a tus brazos levantados para detener al sol en lo más alto. Estuve en el sol y el sol sabe a tu sexo. La lluvia y la sombra de las cinco de la tarde saben a tu mirada.

Me acerco a tu oído y todo se parece al ritmo de tus pasos, al ritmo de tus manos cuando me explicas cómo suena el mundo. Dices que si tocas mi cara se oyen pequeños cangrejos que salen a respirar y mueren aho-

gados en la humedad del aire; y cuando acaricias mi espalda dices que puedes oír el vuelo de los cocuyos y la caída de los mangos maduros, y que escuchas a once mujeres cocinando y once hombres hambrientos caminando en los naranjales. Y entonces yo te pregunto cómo suena la ciudad, y tú me quitas la camisa; cómo se oye la carretera, y tú tapas mi boca con tu mano y me das un beso en la nariz. Dices que cuando estoy desnudo se oye un restaurancito en medio de un bosque de pinos, se oye el frío. Dices que cuando no te veo se oye la soledad, que cuando no hablo se oye la impaciencia, y que cuando me enojo se escuchan los crujidos de una casa de madera en la que dos ancianos se dicen lo mismo todas las tardes. Entonces yo te digo que cuando te quito la ropa no se oye nada, que todo se detiene, que cuando estás desnuda suena como el amanecer en un barco muy pequeño en medio del Caribe; pero tú no me crees y me pides que te desnude para ver si es cierto... y me explicas que tu desnudez no suena a otra cosa que a mí mismo.

VII

Que qué le voy a decir a la policía. No importa, ahora ya no importa. A lo mejor les digo la verdad, a lo mejor me hago güey. Imagínate, cómo dices que mataste porque te pareció una buena idea, la mejor manera.

VIII

—Bueno sí. Tiene razón, nada de eso importa, lo que estuviéramos platicando nada tuvo que ver con lo que pasó después, con lo que pasó... Y lo que pasó fue que empezó a llover... Se lo juro, y la lluvia era tan fuerte que las conversaciones eran cada vez más ruidosas y más fuertes hasta que nadie pudo escuchar nada y se hizo un silencio raro. Fue entonces que la vi. La criatura más bella que nadie hubiera visto entró al restaurante empapada... No, le digo que era la primera vez que la veía, no sé su nombre, nunca lo supe, o no sé. Puedo inventar uno, puedo inventar todos, puedo recitarle todo el santoral y todos los nombres pudieran ser el de ella, ella es dueña de todos los nombres... No es mi culpa, me pidió que le contara lo que pasó y yo se lo digo; si quiere volvemos a las preguntas y así desvarío menos... No, le digo que no sé cómo se llama... Uh, tal vez unos 24 o 34 años, qué edad tiene Venus, qué edad tenía Helena, qué edad tienen las tres Gracias, quién sabe... No, no estoy bromeando, pudiera tener cualquier edad, no importa, a nadie le importa... Que

cómo la va a identificar. No creo que usted pueda siquiera verla... Está bien: pelo negro, probablemente pintado, ojos grandes, nariz recta, frente amplia, maquillaje mínimo. Señas particulares: ninguna y todas. Cómo me pregunta eso, cómo voy a tener una idea de cuánto pesa... No, ni gorda ni flaca. Un metro setenta. Por qué me pregunta eso; supone que siempre se viste igual, ¿o qué? No, nada particular, un vestido de tirantes, amplio, de una tela muy delgada, de cierta transparencia, que se le untaba especialmente en el trasero... ¡Y qué trasero! Sí, tal vez fue el agua, yo no sé, no me acuerdo; pero sí recuerdo cómo se le marcaba bajo el vestido el pliegue de las nalgas cuando se convierten abruptamente en piernas... Ah, eso le gustó, seguro eso sí lo ha visto. Pues no, no lo ha visto, nada más yo lo he visto. Era mi esposa la que acababa de entrar al restaurante, y sólo yo la he visto, sólo yo he sobrevivido a su belleza.

IX

La quería para mí. Esa belleza es una agresión. Pobre de quien la contemple, pobre... Clarito veía cómo todos los que estaban en el restaurante la miraban y se iban convirtiendo en estatuas de sal: primero el señor gordo, con los ojos transparentes por la transparencia del vestido; luego la recepcionista con las manos secas por tocar la belleza primera de su brazo; luego el meserito ingenuo que quedó con la cara torcida por atreverse, frío, al goce infinito de su aliento cálido; el joven, apenas adolescente, con la boca hecha chicharrón por imaginarse el sabor de su cuello; el hombre de familia fulminado por el rayo por atreverse a imaginar su desnudez. El diluvio universal provocado por los pecados que todos imaginaron al verla. En fin, todos agredidos, todos vueltos menos, perdidos, apocados por su luminosidad... Mi razón perdida, disuelta en el olor que lo inundó todo, perdida para siempre... La quise tocar, la quise para mí y mi cuerpo perdió su consistencia, su constancia.

Ahora parece tener sentido congelar la belleza, mi búsqueda de la perfección llegó a su fin. La búsqueda del cuerpo bello, de la belleza en un cuerpo, en dos, en todos los cuerpos. La búsqueda de la ciencia de la belleza, la comprensión, la sabiduría: supe que la belleza era ella, en ese momento, y había que atraparla. La belleza es una, es ella. ¿Cómo darle sentido al mundo? ¿De qué otra manera se apropia uno de la belleza? ¿De qué otra manera entra uno en la belleza?